

Pero aquel señor tenía razón; el regreso era impracticable; ¿qué dirían las madres y qué las alumnas? Al detenerse en esta consideración, conocía que se sonrojaba, sentía la sangre agolpada en las mejillas; y para mejor esconder sus sonrojos, echábase más atrás en el respaldo del sofá.

Rafael volvía á la carga, siempre con tono de súplica, aunque de cuando en cuando se alterasen las inflexiones de su voz. En lugar de exigir rogaba; no era el dueño de la situación que impone sus caprichos, nó, era el enamorado que no se apropia nada por la fuerza, que todo lo suplica, hasta que lo perdonen porque ama.

—Ud., Noeline, será la que mande; ya sé que no me quiere Ud., que hasta hoy no ha podido quererme; pero si Ud. consiente en que yo la vea, en que le hable y la sirva todos los días, quizá á la larga la interese, le inspire lástima y Ud. también me quiera.... pero muy á la larga, sor Noeline, no se enfade Ud.... Lo hecho por mí en momentos de desvarío, carece de remedio; quiera Ud. ó no quiera y en cierto modo

nada más, nuestros destinos se encuentran unidos... Yo, ante la ley, soy responsable de un delito, de allanamiento, escalamiento ó qué sé yo.... no me importa, créame Ud., lo que me preocupa no es que la ley me absuelva sino que me absuelva Ud.... La idolatro á Ud. á un grado, que ya ve Ud., ni la toco siquiera, ni me le acerco.... y le ofrezco á Ud. que así será siempre, siempre, hasta que Ud. no me autorice.... si nunca me autoriza, nunca será; y cuando ya no haya riesgos para usted, se irá á donde guste, á su país, con su familia, se irá usted sola, digo, nó, que mi cariño se irá también con usted, aunque sea adherido á la orla de sus trajes, como el polvo que se nos adhiere y del que no podemos sacudirnos por mucho que nos desagrade.... Y Rafael seguía entonando la balada del amor, por lo bajo, sin moverse de su asiento, y á sor Noeline se le iba la cabeza con ella como á Rafael se le iba la suya con la proximidad, con un desvanecido olor á incienso que del cuerpo encantador de la cuitada monja se desprendía; olor á iglesia,

muy marcado, sirviéndole de escudo, dadas las creencias de su raptor.

De pronto, alguien llamó discretamente en la vidriera del patio, y entrambos enmudecieron. Rafael, sin embargo, fué á abrir. Era la criada de Chinto, con una bandeja cubierta por una servilleta.

—Dice el señor que le dé yo á usted esto— y se alejó en seguida, en cuanto Rafael cogió el envío. Lo destapó al ponerlo en la mesa del centro, y á la media luz que imperaba en la estancia, vió el contenido: una taza, una cucharilla, pan, café y leche; vió asimismo un papel que leyó en el balcón, levantando la cortina de punto para aprovechar los resplandores del foco eléctrico más próximo. En el papel significábale Chinto “que le mandaba tan tarde aquel “piscolabis” porque había tenido que esperar á que Adela se acostara.... corten el hilo, Rafaeluco, que va á ser la una de la madrugada y los vecinos podrían maliciar el tapujo. ¿Por qué no han encendido luz? á la lámpara le sobra petróleo. No te olvides al irte de entrar en mi cuarto; lo dejo abierto”.....

—¡El excelente Chinto!—pensó Rafael guardándose el papelucho. Y se llegó á sor Noeline:

—¿Me permite usted que encienda la luz para que pueda usted tomar algo?

—No apetezco nada, gracias. No encienda usted, se lo ruego á usted—prorrumpió sor Noeline que en la obscuridad hallaba como un refugio, dado lo anormal de su caso.

Rafael insistió; la hizo ver que aún no se restablecía de salud, que su último desmayo habíase prolongado más de tres horas, que era muy tarde é indispensable que se alimentase. Resultaba sincera su insistencia, llena de un amante interés que concluyó por remover en la pobre muchacha fibras de reprimida sensibilidad. Sin atinar á las derechas con los movimientos que ejecutaba, tendió sus dos manos á Rafael, con necesidad suprema de sentirse protegida en la agonía de su virtud, y así que el otro se las oprimió respetuosamente, sor Noeline dió suelta al llanto que la asfixiaba, que hacía largo rato esforzábbase por brotar; y tornando á su lengua, al idioma natal en

que invariablemente expresamos nuestras grandes dichas y nuestros grandes dolores, exclamó sollozando:

—*Ah! M. Bello, M. Bello, sauvez moi, je meurs!*

Rafael comprendió que en aquel instante la religiosa cesaba de serlo para convertirse en una mujer como todas, nerviosa, cobarde, inerme; que en aquel instante le pertenecía por entero; ese grito era la entrega de quien se adivina al borde de un precipicio y cierra los ojos, se encomienda á Dios, y cae en la sima atrayente y pavorosa. Pero comprendiéndolo, no abusó; arrodillóse nuevamente á los pies de la virgen que adoraba, castamente le colocó la cabeza, sin tocas ya, encima de su hombro, y acariciándosela con delicadezas de que no se sospechaba poseedor, contestóle tan sólo:

—Te amo, Noeline, te amo!

Y eso fué todo; á partir de entonces, una confianza mutua establecióse entre ellos. Sor Noeline bebió la taza de leche que el mismo Rafael le sirvió, charlándole más

reanimado. Así le dijo, que la casa en que estaban era decente é ignorada; que se conformara con una mala noche, única que pasaría sin cama ni comodidades.

—Va usted á reposar, Noeline, nadie la verá á usted; si algo le ocurre, con que hable usted alto ó golpee esta puerta me tendrá á sus órdenes inmediatamente. Le protesto á usted que queda más vigilada que en el Colegio; voy á traerle una almohada, un abrigo, y mañana, con toda calma, hablaremos. . . . ¿está usted satisfecha?

Á tientas anduvo Rafael por patio y corredor, y á tientas penetró en la alcoba de Chinto, que se había dormido.

—Chinto, Chinto!—pronunció Rafael muy quedo, desde la puerta entreabierta, temeroso de avanzar en terreno que no conocía y derribar un mueble,—Chinto! . . . soy yo

—Rafael! Aguarda, aguarda,—y sonaron chasquidos de fósforos y encendió Chinto su vela. ¿Ya te vas?

—No, no me voy, al contrario, me quedo aquí contigo. . . . luego te explicaré. . . .

dame una almohada y un cobertor.... sí ése.... Espérame. Y sigilosamente salió con entrambas cosas, mientras Chinto sentado en su cama se desperezaba para espantar su sueño.

Volvió á poco Rafael, cerró sin ruido la vidriera y andando de puntillas fué y se sentó en una butaca que con la ropa de Chinto, estaba al lado de la cama. Olvidado Chinto de los respetos que había exigido para su casa, de las recomendaciones hechas á su amigo prohibiéndole que bajo el mismo techo que cobijaba á su hija cometiera él el menor desmán; como acababa de despertar y no sabía lo que había sucedido, formuló una pregunta brutal, lacónica, elocuente:

—¿Ya?....

Rafael, colérico, levantóse y se pegó á él:

—Chinto, no seas soez! Qué ya ni qué nada! Esta mujer es un ángel....

É impresionado todavía con la reciente y extraordinaria escena, encendió un cigarro y siempre en voz muy queda la narró á su mentor, esbozó planes de conducta

futura, de lenta conquista de la monja sin lastimarle su pudor ni inmolarse á su antojo.

—Para ello, me es indispensable que me prestes tu casa, pero que me la prestes tal cual se halla..... sí, tal cual se halla, ten calma..... Te ofrezco, en cambio, la hacienda, á la que te irás mañana mismo, por el tren de la tarde, llevándote á tu hija y á tu criada ¿te parece bien?.... Aparte de que el administrador ya te conoce, yo le dirigiré un telegrama; vas de dueño, con más facultades que si yo fuera en persona ¿eh? ¿verdad que no es una propuesta que te perjudique?....

—Hombre, te diré, que me perjudique precisamente, claro que no; pero tú comprendes que no puedo cargar con mi gente de aquí para allí mientras tú arreglas tu lío. ¿Qué pretexto quieres que le dé á Adela? ¿cómo así, tan de repente, he de llevármela á un páramo, en pleno invierno, sin preparativos ni aviso ni nada que se le parezca?....

—Vaya Chinto, no aparentes que te ahogas en un vaso de agua. Le dijiste que

el amigo á quien cedían la sala estaba enfermo, ¿verdad?, pues añádale que está herido, que van á operarlo, que no quieres que presencie ni que oiga la operación, ni que la vean los médicos, los demás hombres que lo visitarán.... te sobra á tí manera de arreglarlo con talento.... ¿Sí?

Chinto consintió, llamándose á sacrificado pero en el interior contento; lograba sacar á su hija de la casa en que probablemente se realizaría un idilio, que aunque etéreo en sus comienzos había de tener un fin idéntico á todos los idilios; á él, con sus escepticismos experimentales, no le daban buena espina esos enamoramientos diz que platónicos, como el de Rafael y sor Noeline; de memoria sabía en lo que paran, en lo que había parado el suyo propio: en el hijo, en el abandono, en el remordimiento. Era tarde ya para que Rafael retrocediera, más tarde aún para que él lo procurara; lavábase las manos, y allá su amigo que se rascara con sus uñas. Hízoselo entender así, con la paternal entonación con que de costumbre lo aconsejaba; sin ofender á

nadie, preveía el término de aquellos amores semi místicos: el día menos pensado ¡cataplum! les pasaba el chasco.

—Yo que tú, me marcharía con ella á Europa ó á los Estados Unidos, á donde no me conocieran, pues lo que es en México, no te forjes ilusiones, Rafaeluco, antes de un mes y á pesar del escondite y de la reserva, van á saberlo hasta los papeleros de las calles.

Rafael lo oía con muestras visibles de honda precaución, hosca la mirada, sombrío el semblante; y siempre en voz baja, Chinto continuó reanimándolo y aleccionándolo, hasta que el pesado sueño de la madrugada los ganó á los dos, en su cama á Chinto y á Rafael en la butaca, recargada la cabeza en los bordes del colchón de su amigo.

Fué sor Noeline la primera en despertar, creyéndose, al pronto, en su quieto dormitorio del Colegio; una rápida ojeada le bastó para puntualizar los hechos y reconstruir la irreparable aventura; en un segundo realizó su situación: sola, desgraciada!.....

El miedo á lo que sería de ella, señoreóse de su ánimo, la hizo sentir hondísima nostalgia por el claustro abandonado; hízola echar de menos otras mañanas y otros despertares, allá, en su celda, ó entre las alumnas; defendida por el retiro y satisfecha con la oración; sin peligros ni zozobras ni temores; ignorante del amor y del dolor; tranquila con su venda de fe, dichosa dentro del piadoso recinto, en el que cabían holgadamente sus esperanzas y sus anhelos; en donde el único problema era saber si ya habría alcanzado toda la gracia que necesitaba para renovar sus votos y ser una digna esposa del Señor; en donde sus ocupaciones eran inocentes y serenas: cantar al órgano, cuidar niñas, regar flores. El cuadro íntegro, mucho más bello ahora por perdido, presentábasele con luminosidades de hechizo, con atractivos de quimera; ella había estado ahí, había formado parte de las religiosas, hasta se había distinguido y la habían congratulado por su conducta y por su recato. La víspera no más, á esa misma hora, qué distinto despertar! qué

porvenir distinto! El Claustro, antojábasele una nave colosal é incommovible que fuera segura y derechamente por sobre los revueltos mares de la vida, en rumbo fijo al puerto de salvación; y ese Claustro se alejaba, no detenía su curso, trazado de antemano por una brújula divina, seguía navegando sin que ninguno de los tripulantes se curara de ella, de la caída en contra de su voluntad, en un vaivén inevitable para su debilidad de convaleciente y de joven. Serían de balde sus señas, sus gritos, sus ruegos, ¡por misericordia, que no la dejaran debatiéndose en ese mar proceloso y cuyas furias no conocía! ¡por piedad, que se detuvieran, que le arrojaran una cuerda, un silicio de penitencia con el que se flagelaría el cuerpo, su cuerpo enfermo y traicionado que no había sabido huir de la tentación!.... El Claustro se alejaba, no quería detenerse, nadie en su bordo le devolvía las señas, ni le gritaba que esperara, que resistiera, que ya retrocedían para salvarla y recogerla!..... Sor Noeline había caído sin ser vista, como

recordaba haber sabido, en su travesía de Europa á América, de la caída de un marinero, en plena noche y en pleno océano.....y ahora, recordaba también que el transatlántico continuó su viaje, sin volver atrás, ocultando el siniestro á los pasajeros el resto de los tripulantes, para que no reflexionen en lo fácil que es caerse del mejor de los buques, y en que una vez caído alguien,—como no han de detenerse los más por los menos,—es también infalible morir, ahogarse en el implacable desierto movedizo!..... El Claustro se alejaba; nunca podría de nuevo ampararla en su seno; los que caen se manchan y él no admite sino lo inmaculado; pero sor Noeline repugnaba su personal perdición, no quería, Dios Santo, no quería perderse ni ahogarse..... Y desde el canapé de la sala de Chinto, veía la escena: las madres, ó sea los tripulantes, ocultando la catástrofe; las niñas, ó sea los pasajeros, ignorándola, y el Convento avanzando, avanzando en rumbo fijo al puerto de salvación! Por su ansia secreta de auxilio y por la fuerza de la

costumbre, sor Noeline se puso á orar sin que por eso se le borrara el cuadro; oró mucho, más tal vez que en sus otras mañanas del Colegio, oró con gran fervor, y el alivio que había menester, tardábase.... El Claustro se alejaba!.... En cambio, al volver el rostro, vió que se acercaba Rafael, adorándola con la mirada, adorándola con la actitud.... Y el Claustro iba ya lejos, muy lejos, y Rafael hallábase ya cerca, muy cerca, arrodillado á sus pies, al igual de la víspera; suplicante y humilde, al igual de la ocasión primera en que se le apareció en sueños!

—¿Descansó Ud. anoche? ¿cómo se siente?

—Sí descansé, algo, y me siento mejor, bastante mejor.

Hablaban á la manera de dos amigos, con voz reposada y suave, sin la menor alusión á lo que, sin embargo, preocupaba á entrambos única y principalmente. Diríase al verlos, que nada extraordinario mediaba entre ellos, que eran hermanos muy cariñosos, con su conciencia en calma y sus movimientos y discursos, naturales é

inofensivos. Sólo de tiempo en tiempo, los ojos de Rafael buscaban á los de sor Noeline, y aunque no siempre los hallase, por el buen cuidado que ella ponía en desviar los suyos cuando por excepción se encontraban, Dios sabe lo que unos pedirían, lo que prometerían los otros, ello es que sor Noeline y Rafael suspendían su plática de amigos, su fraternal parloteo; que por un segundo, permanecían graves y como entristecidos; que á sor Noeline se le empurpuraba el rostro y á Rafael le temblaba la barba. Dominábanse, empero, y era tan manifiesto su mutuo empeño por convencerse de que, de veras, necesitaban de esa tácita y corta tregua, que los dos aparentaban creerse y reanudaban su charla incolora é insípida. Á propósito del desayuno, que Rafael recibió en la puerta, de manos de la criada, lo mismo que en la noche anterior, sí hubo que entrar en materia, que definir un poco las situaciones respectivas.

--Si Ud. no dispone cosa distinta sor Noeline, procederemos hoy á la instalación

de Ud. en esta casa; esta tarde quedará Ud. de dueña, le buscaré á Ud. sirvientas, una modista que tome sus medidas para . . .

Levantó sor Noeline una de sus manos, con lo que se entibieron los entusiasmos de Rafael que comprendió á maravilla lo que el mudo ademán significaba: una espera. Luego arreglarían aquellos pormenores, no tan pronto; por lo que él cambió en seguida de senda:

—¿Consiente Ud. en que me desayune yo aquí, á su lado, sin molestarla?—le preguntó rendidamente al alargarle una taza de café.

Y la naturaleza, que se burla de rubores y remordimientos, de todos nuestros tiquis miquis sentimentales é imaginativos, los obligó á desayunar de bonísima gana, con el hermoso apetito de la juventud, por más que fingieran no precipitarse, ir poco á poco, cual si únicamente cumplieran con un deber de conservación. Al concluir, Rafael, con sus torpezas de novicio camarero, casi suelta las tazas y los platos, debido á lo que dibujó una mueca espontánea y cómica, que hizo reír á sor Noeline, con fugitiva y

harmoniosa risa, ante cuyo eco le volvió su melancólica seriedad, arrepintiéndose de haber reído sin motivo justificado y cuando según sus ideas sólo debía llorar, no tener más alegrías ni risas.

Rafael la oyó suspenso, dilatado el pecho por inmenso júbilo; era la primera vez que la escuchaba reír y se detuvo á mirarla. Ya estaba seria y sin darle la cara. Aprovechó él el silencio y recommenzó á delinear sus proyectos de existencia futura. Aquella casa pertenecía á un buen amigo suyo, padre de una preciosa señorita y persona de juicio que ignorando la verdadera causa, cedía á los ruegos de Rafael y le prestaba su vivienda, con muebles y todo.

—Respetándola á Ud. tanto como la respeto, después de lo de ayer, no sabía dónde llevarla que fuese un lugar digno y adecuado. Por fortuna, pensé en este amigo y en esta casa, que es decente y es honorable y á la que no vendrán á importunar á Ud. Yo voy á salir al arreglo de diversos asuntos que juzgo indispensables para Ud., pero en cuanto los arregle, ya me tiene Ud. de vuelta,

atendiéndola y sirviéndola. Mientras yo esté fuera, nadie entrará.

Salió en efecto, con Chinto, á terminar una porción de cosas esenciales, entre otras, ajuste de dos criadas necesarísimas para el servicio y que ignoraran lo que era sor Noeline y su procedencia. Desde luego, Chinto haría que á Adela se le extraviase una bata siquiera, á fin de que la monja se despojara de los hábitos que delataban el pastel, y con su nueva vestimenta pudiese pasar por una señora como todas. Hallábase Rafael en una situación de ánimo completamente anormal; ora contento y locuaz, ora triste y pensativo, conforme sus escrúpulos de católico se adormecían ó á modo de rabioso avispero le picoteaban la conciencia. Víctima de tales alternativas, despachó sus negocios urgentes; estuvo en su casa, á hablar con Manuela; telegrafió á su administrador, anunciándole el arribo inmediato de Chinto y familia; dió á éste dinero, y en una "Agencia de Colocaciones" consiguió cocinera y camarera para la propia tarde, con magníficas recomenda-

ciones que pagó con exceso. Á Manuela le dijo, además, que no lo esperara, que se iba á la hacienda.

—Y mañana que es domingo, ¿quién va á ver á la Nona?—preguntó la vieja sirvienta.

—Pues es verdad,—repuso Rafael desmoralizado,—Ud. vaya de todos modos, Manuela, vaya temprano y llévele los dulces que le gustan, los *tutti frutti*, de “El Globo,” ya sabe Ud. Si yo no me he marchado, iré también, por la tarde.

Regresaron á la casita de Bucareli, muy poco antes del medio día, con tiempo apenas de que Chinto y los suyos comieran. Despidiéronse en la puerta de la calle, con estrecho abrazo, como si no debieran verse más. Chinto se introdujo por el patio, previa oferta de enviarles con la maritornes de la noche anterior algo de *bucólica*. Rafael, sin llamar en la vidriera, la abrió y se metió en la sala. Sor Noeline, otra vez con las tocas puestas, lo recibió con un destello de alegría en sus ojos enrojecidos; y Rafael perdiendo parte de sus ímpetus

por hallársela de monja, se limitó á estrecharle una mano con las dos suyas:

—¿Por qué ha llorado Ud., sor Noeline?— (*las endiantradas tocas lo forzaron á no decirle Noeline á secas*),—¿se siente Ud. peor?

Ella dijo que no. De salud sentíase mejoradísima, pero, no sabía, la soledad sin duda, habíala sitiado con muchas tristezas y la había acobardado; el Convento, el Convento con sus espejismos de cosa perdida y muerta, la atormentaba:

—Tengo miedo al castigo, me considero muy culpable.... yo querría, yo querría algo así....—y logró mal explicar lo que quería, quizá que pudiesen conciliarse su abandono del monasterio y un divino perdón; quizá hablar una vez más con el encargado de concederle ese perdón, fray Paulino, el que había diagnosticado su dolencia por su verdadero nombre y retirádole, implacable, el pan eucarístico que nos purifica y aproxima á nuestro Creador.... Concluyó declarando con hechicero candor de sér humano que en muchos años no ha practicado la mentira: